

Polémica entre historiadores soviéticos e italianos

por

Genaro Godoy

Dos reseñas aparecidas bajo un único encabezamiento en el número 1 del año LXXII (1961), de la *Rivista Storica Italiana*, con la firma de Arnaldo Momigliano, especialista de renombre mundial en historia antigua, especialmente griega, y de Pietro Rossi, estudioso de filosofía de la historia y uno de los mejores conocedores del historicismo, tuvieron en los años siguientes amplia resonancia entre los estudiosos, dada la índole del tema estudiado: "El historicismo en el pensamiento contemporáneo".

La resonancia más ruidosa de la publicación fue la polémica que se originó con algunos estudiosos soviéticos. Queremos dar alguna información acerca de esta polémica, por considerar que las características doctrinarias de sus participantes confieren un carácter especialísimo a una cuestión que, de suyo, es doctrinaria.

Arnaldo Momigliano comenzaba su artículo partiendo de una información acerca de la aparición, reciente en 1961, de un nuevo volumen de Pietro Rossi: *Storia e storicismo nella filosofia contemporanea* (Milano, Lericci, 1960), que a la distancia de sólo cuatro años completaba el estudio iniciado por el mismo Rossi con otro volumen: *Lo storicismo tedesco contemporaneo* (Torino, Einaudi, 1956).

Para Rossi, Dilthey y Weber deberían ser los maestros de un historicismo liberado de presupuestos metafísicos, cuya principal función tendría que ser la de llevar a efecto otra liberación: la del historicismo italiano, que es crociano, de su herencia teológica de procedencia hegeliana.

Propósito de Rossi sería, según Momigliano, dar alientos a una discusión metódica acerca de "cómo los hechos pueden ser comprendidos, en lugar de ser una pura y simple interpretación del significado global de la historia". Los maestros de este historicismo deberían ser —según ya dijimos— Dilthey y Weber. Momigliano considera que, en las circunstancias actuales, la resistencia al historicismo alemán podría ser mucho más fuerte que la que Rossi parece esperar.

Para poder discutir la posibilidad y el modo en que el historicismo

alemán podría retomar su función directiva en los estudios teóricos contemporáneos acerca de la naturaleza de la historia, es preciso asegurarse previamente de aquello que están haciendo los historiadores de nuestro tiempo y de aquello que los inspira.

La situación actual es la siguiente:

El nazismo hizo perder rápidamente a Alemania su posición de fragua central de los métodos y de la problemática histórica que venía manteniendo desde comienzos del siglo XIX. La historiografía nazista no se materializó en investigaciones de verdadero valor, aunque hubo, es verdad, algunos estudios interesantes. Quedó suspendido, y éste fue uno de los daños mayores, el trabajo de revisión del historicismo que Troeltsch, Weber, Simmel y Meinecke habían hecho adelantar después de Dilthey, y que la nueva generación —la de los Mannheim, Löwith y Saxl— estaban perfeccionando.

Fue una gran desgracia. El debate estaba en un momento interesante y vital: el relativismo chocaba con el deseo de salvar juntos al individuo y al absoluto (Troeltsch, Meinecke); el determinismo marxista se veía enfrentado a una compleja tipología de las formas de actividad social de Max Weber (G. Lukács, Mannheim); la afirmación de que el hombre no puede abstraerse al destino de la sociedad a que pertenece (Spengler) se oponía a la teorización de las posibilidades de elección entre experiencias diferentes (que es la base del pensamiento de Dilthey y M. Weber); la desvalorización de las ideologías, como algo condicionado por la situación social, se contraponía a la revalorización de la autonomía de la cultura a través de una sociología del saber (A. Weber, Max Scheler, K. Mannheim). Finalmente, con Heidegger la teoría de la historia se entroncaba con una filosofía de la existencia. Esto por lo que se refiere a la teoría.

Por lo que se refiere a la investigación concreta, la suspensión del debate causada por la victoria del nazismo era igualmente grave. Desaparecía el neohumanismo a que aspiraba W. Jaeger; igual suerte corría el Instituto de Hamburgo (Warburg), y Meinecke era desposeído de la dirección de la *Historische Zeitschrift*.

Se trataría ahora de saber si y en qué términos ha sido reanudado este debate en Alemania. Se desearía saber, además, cuáles son las posibilidades de transplantar fuera de Alemania, para su ulterior elaboración, los que fueron los problemas del historicismo alemán. La pregunta es difícil, porque el problema no está cerrado, y se trata, o puede tratarse, de una situación transitoria.

En una parte de Alemania el esfuerzo por reanudar los suspendidos estudios es evidente. Han vuelto a aparecer los *Monumenta Germaniae* y la *Historische Zeitschrift*; pero casi la mitad de Alemania, con centros universitarios importantes, como Leipzig, sigue una doctrina historiográfica marxista, la cual, a juzgar por los resultados en el campo de los estudios clásicos, no parece ser una gran fuente de inspiración para los alemanes.

En la Alemania Federal, el movimiento más característico no parece ser el de un replanteamiento de los problemas del historicismo, sino el de una interpretación teológica de la historia. Esta interpretación aparece primero, y en forma superficial, en Jaspers, *Vom Ursprung und Ziel der Geschichte*, y ya mucho más acentuada en Löwith, un desterrado que vivió lo suficiente como para lograr volver a Alemania. Obra suya es *Meaning in History*, que después del regreso de su autor ha conocido una segunda versión con algunas enmiendas, publicada bajo el título de *Weltgeschichte und Heiligeschehen* (la edición española, *El Sentido de la Historia*, Aguilar, es traducción de la primera versión en inglés. N. d. R.). La discusión sobre este tema está centralizada en la revista *Saeculum*, la más original y viva en su género de la Alemania postbélica. La temática de la revista confirma esta dirección: Constantino, La Edad Media y su carácter teológico, Historia del Concilio de Trento, etc.

Por otro lado, la historiografía alemana aparece empeñada, y por obvias razones, en el análisis de temas de historia reciente y contemporánea: las relaciones entre el este y el oeste (los mongoles, los turcos, Bizancio, Justiniano), o las relaciones judeo-cristianas.

Más difícil se presenta la decisión acerca de lo que ha pasado con la difusión de la problemática historiográfica alemana fuera de su país de origen. Lukács, de regreso a Hungría después de muchos años en la Unión Soviética, se encontró en dificultades a causa de su marxismo al ser confrontado con el ortodoxo soviético.

El Instituto Warburg se trasladó a Inglaterra, según dijimos, y allí publicó Mannheim, ahora en inglés, sus estudios sobre la sociología del saber, y Popper extendió al marxismo su crítica metódica de la ciencia. A Estados Unidos se trasladaron Jacoby, Jaeger, Kristeller, Baron, Kuttner, Panofsky, Strauss, Kantorowicz y otros. En Inglaterra, podemos decir, su radio de acción fue más bien limitado, si exceptuamos el Instituto Warburg.

¿Qué ha permitido a la cultura histórica anglosajona oponer tanta resistencia a las ideas historicistas importadas por los más autorizados representantes del pensamiento histórico alemán? No es fácil responder, especialmente si se tiene en cuenta, que la historiografía inglesa y la estadounidense ya habían absorbido entre 1830 y 1870 el llamado método crítico de la escuela alemana.

En Inglaterra perdura la tradición de la historiografía política de partido, que ve la historia de Grecia o de Roma, o la revolución francesa, con el espejo de las luchas políticas inglesas; y esta tradición ha sido objeto de penetrante crítica por el marxista Chr. Hill, y de crítica interna por Butterfield. Tanto Collingwood como Toynbee son la realización de un intento muy claro de conseguir autonomía metódica y temática. Lo curioso es que ambos han encontrado mayores muestras de reconocimiento y aprecio de su intento en el extranjero que entre sus colegas ingleses.

El historicismo alemán sigue siendo "problema" especialmente en Francia y en Italia, países en los que el marxismo constituye algo central en

la estructura política y cultural del país, mientras en las naciones anglosajonas constituye algo marginal. Esto agudiza el problema de la relación entre el marxismo local y el soviético.

Para aclarar bien los términos del problema sería menester conocer mejor la historiografía soviética. Los nombres y la obra de historiadores de formación y de intereses prerrevolucionarios, como Tarlé o Kosminsky, no son útiles para caracterizar la historiografía soviética contemporánea. Los puntos fuertes de la actual investigación soviética están, evidentemente, en las investigaciones acerca de la civilización de las estepas, o en la inclusión del oriente en su *Historia Universal*.

Poco, en cambio —dice Rossi— podrían enseñar los soviéticos en materia de método, porque es mucho lo que tienen que aprender en cosas elementales, como la interpretación de textos, o en otras menos elementales, como el análisis de una estructura social compleja. El reciente relajamiento de los frenos en la historiografía soviética ha demostrado que los mismos rusos no ignoran el estado atrasado y dogmático de sus estudios de historia antigua.

El problema de la dialéctica es esencial en los debates acerca del método histórico tanto en Francia como en Italia, pero más en Francia que en Italia (Merleau-Ponty, Goldmann). En efecto, en Italia se discutió tanto acerca de la dialéctica durante el período idealista, que hay ahora muy pocas ganas de seguir discutiendo acerca de lo mismo en un período de evidente renacimiento del materialismo histórico.

Raymond Aron tiene el mérito de haber difundido en Francia el conocimiento del historicismo alemán más reciente. Más tarde, un historiador católico de gran fineza, H. I. Marrou, se servía del mismo Dilthey para un análisis del conocimiento histórico. El desarrollo del existencialismo traía consigo la implicación del problema de Heidegger acerca de la relación entre existencia e historia; pero la única obra teórica que ha alcanzado a afirmar su autoridad entre los historiadores es la de Marrou, y esto se debe a la inserción de una experiencia histórica concreta en el tronco de Dilthey.

En Francia, el problema que más preocupa a los historiadores es la elaboración de un método que capte la realidad viva de los acontecimientos. La mayoría de los historiadores está dominada por la enseñanza metodológica y el gran ejemplo moral de Marc Bloch. Tampoco puede descuidarse la influencia de la filosofía bergsoniana (y no sólo entre los historiadores franceses. N. d. R.).

El grupo de los *Annales* es el más activo y aquel cuya obra concreta en el sentido del estudio de los problemas y de la preparación de una pléyade de futuros historiadores es más evidente. De la labor de este grupo ha tomado origen una serie de publicaciones de manuales y colecciones que, más que proporcionar soluciones, subrayan los problemas.

Para terminar, se debe acentuar el hecho de que la historiografía francesa contemporánea tiene en la actualidad una fisonomía muy diferente de la alemana. Para convencerse de esto basta examinar dos obras sobre

el mismo argumento: *Paideia*, de W. Jaeger y la *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité*, de H. I. Marrou. La diferencia salta a la vista.

También en Italia se ha acentuado la separación entre el historicismo alemán y el italiano. En Italia, tanto el advenimiento del totalitarismo como su caída no produjeron desorientación en la historiografía. Por lo demás, ésta se había mantenido en la oposición, pero sin ser sofocada violentamente, durante todo el régimen fascista.

Los intereses italianos han sido siempre amplios y tolerantes, y tanto Bloch como G. Lefevbre siguieron siendo leídos. Recuérdese que el Cardenal Mercati fue una figura ejemplar y venerada en sus últimos años.

En el campo de los estudios lingüísticos se han visto la primera historia de la lengua latina (Devoto) y de la italiana (Migliorini). La concepción crociana de la historia sigue, sin embargo, en el centro de la discusión y de la experiencia historiográfica italiana.

Ya Antoni había constatado el hiato profundo que existía entre el historicismo alemán y el crociano; que no era un misterio, pues era bien conocida la amistosa polémica entre Meinecke y Croce, y las diferencias de opinión entre Vossler y el mismo Croce. Pero dentro del mismo historicismo crociano se hacía evidente el conflicto entre una tendencia humanista y otra providencialista. F. Chabod no dejaba dudas acerca de su intención de acercarse a la primera, cosa que lo acercaba también a la escuela francesa de Bloch y Fevbre, tanto en la experimentación como en sus nuevos intereses económico-sociales.

En Italia no se logra identificar una historiografía marxista bien separada de la crociana, tal vez porque los marxistas italianos trabajan en una atmósfera desfavorable a toda rígida contraposición de grupos sociales y a estratificaciones culturales. Esto podría favorecer la explicación de algunas paradojas.

Las ideas de Gramsci, tan ricas en sugerencias, se han desarrollado dentro y fuera del partido comunista, inspirando en este último caso a escritores como Garin. Además, la incitación a estudiar los movimientos sociales de Rusia y de la *Mittleuropa* ha venido de historiadores que son hostiles al comunismo.

Un fenómeno parecido al francés sucede también en Italia con respecto a una historiografía católica, que es muy difícil de identificar separadamente. En la mayoría de los historiadores católicos, el catolicismo de sus autores, se manifiesta en la elección de los temas y en el juicio final más que en una manera de interpretar.

* * *

Hasta aquí un resumen general del primer artículo, el de Arnaldo Momigliano. Veamos ahora el de Pietro Rossi.

Rossi es más que nada un historiador de la filosofía que restringe su campo de acción a los problemas teóricos, metodológicos y filosóficos de

la teoría historiográfica, mientras Momigliano es fundamentalmente un historiador de gran valía en el campo de la antigüedad.

También Rossi está de acuerdo en la constatación de que las tendencias más significativas de la historiografía contemporánea se han venido desarrollando fuera del campo historicista. La obra de Meinecke, *Die Entstehung des Historismus* (1936), es la última gran obra concebida con mentalidad historicista. Además, muy raramente en la actualidad se advierte una inspiración filosófica en las obras históricas modernas, y cuando la hay, se trata de tendencias que remontan al marxismo, esto es, a una forma de historicismo alemán no contemporáneo.

Ya alrededor del año 1920, el historicismo alemán había dado sus últimos frutos. Los mejores ensayos de Dilthey llegan hasta el año 1911; la *Soziologie* de Simmel es de 1908; y después ha escrito sobre filosofía de la vida. Spengler puso el remate a su *Untergang des Abendlandes* en 1922; *Wirtschaft und Gesellschaft* de Max Weber, es de 1921. Igual cosa se puede decir de las obras históricas más importantes. *Die Entstehung des Historismus* (1936) es, precisamente, una obra reveladora de la profunda crisis del historicismo.

Es verdad que el advenimiento del nazismo troncó abruptamente un debate que todavía no estaba finiquitado; pero no es menos cierto que ya con anterioridad la filosofía alemana había tomado otros rumbos. La discusión iniciada por Max Weber llevaba a una radical revisión de los presupuestos marxistas de Lukács (*Geschichte und Klassenbewusstsein*) o a una elaboración de los principios de la sociología del saber en Mannheim. Una sobrevivencia, pero totalmente transformada y dentro de un contexto especulativo completamente diverso, se encuentra en el existencialismo de Heidegger.

El desarrollo de la filosofía alemana será representado en adelante por la fenomenología de Husserl, las investigaciones fenomenológicas de Scheler, el existencialismo de Heidegger y de Jaspers. Los exponentes del historicismo se eclipsan de la vida activa, algunos hasta de la vida *tout court*.

No se han estudiado suficientemente todavía las relaciones entre existencialismo y nazismo, (Heidegger colaboró, mientras Jaspers fue un decidido opositor), pero la verdad es que las generaciones que recibieron educación filosófica en el período nazista, la recibieron sobre textos de Heidegger. Prueba de ello sea que en la más reciente filosofía alemana, la historicidad del ser del hombre queda completamente anulada en una concepción de la historia concebida como negatividad, como una pérdida del ser.

Con este alejamiento de la problemática historicista coincide la preocupación ontológica del pensamiento alemán, el interés por los problemas lógicos y metodológicos. Tal vez la única sobrevivencia historicista

es, paradójicamente, el interés que algunos (Löwith, Strauss) sienten en polemizar con el historicismo.

Tampoco en los países anglosajones la herencia historicista ha logrado echar raíces. Las ideas filosóficas que mejor y más amplia acogida han tenido en Gran Bretaña y en Estados Unidos han sido las neopositivistas (extrañas a la filosofía alemana, aunque no así a esa cultura científica que siempre se interesó por los problemas metodológicos). La influencia de Casirer quedó limitada a los estudios lingüísticos y de crítica literaria.

En Inglaterra, donde el interés por la estructura del proceso histórico y el análisis del procedimiento historiográfico ha sido muy escaso, la penetración del neopositivismo se produjo sobre un terreno muy fértil en investigaciones lógicas, que habían culminado con los *Principles of Mathematics* de Russell. El neopositivismo en Inglaterra dejó a un lado el interés por la metodología científica, que había sido el centro de las investigaciones del Círculo de Viena, para darse por cometido el análisis del lenguaje ordinario, concebido como un mundo de significados relacionados con las situaciones de la experiencia diaria. De este modo, el mundo de la experiencia, que había representado desde el siglo XVIII en adelante el objeto preeminente de las consideraciones de la filosofía inglesa, terminaba por ser identificado con los significados del lenguaje ordinario. Las situaciones del diario existir adquirirían importancia para la filosofía inglesa en su perfil lingüístico.

La filosofía del "sentido común" de Moore, por un lado, y los esfuerzos de Wittgenstein, por otro, llevaban —a través del abandono del postulado de la correspondencia isomórfica entre lenguaje y realidad— a concebir la actividad filosófica como un análisis del uso corriente de las expresiones lingüísticas. El neopositivismo, presentado en 1936 por primera vez al público filosófico inglés por A. J. Ayer (*Language, Truth and Reality*), se transformaba, así, en una filosofía analítica. Los trabajos de Ryle, Wisdom, Austin, Strawson y otros exponentes de la *Oxford-Cambridge Philosophy*, convertían el lenguaje ordinario en una esfera autosuficiente, aislada de las situaciones reales a que se refieren las expresiones lingüísticas y —lo que es mucho peor— sin relación con los lenguajes de las disciplinas científicas. Esto motivó que Russell (1956, *Hibbert Journal*) hiciera una áspera crítica de la intrascendibilidad de la esfera lingüística y de la importancia filosófica del lenguaje ordinario.

Resulta claro, así, el hecho de que la filosofía inglesa no puede tener mayor interés por los problemas del historicismo. Esto explica también por qué Collingwood, Toynbee o Butterfield, en quienes se hallan presentes intereses filosóficos, están al margen tanto de la investigación histórica como de la filosofía inglesa contemporáneas.

El fenómeno central de la filosofía francesa de postguerra está constituido por la difusión de la fenomenología y el existencialismo, por un lado, y del marxismo, por el otro. El existencialismo se ha desarrollado en sentido espiritualista (Marcel, Lavelle, Le Senne), en

sentido positivo (Merleau-Ponty), por un regreso a Hegel y Marx (Kojève, Hyppolite, Lefebvre, Goldmann), y especialmente por una discusión entre existencialismo y marxismo (Sartre, *Critique de la Raison Dialectique*). El intento de Aron de introducir en la filosofía francesa la problemática historicista de Dilthey y Weber, ha tenido una influencia muy restringida. El llamado "sentido de la historia" está en el centro de los debates teóricos y la dialéctica ocupa el primer plano; pero el trabajo historiográfico prosigue sin que exista mayor preocupación acerca de las estructuras del proceso histórico o su "sentido".

También en Italia el existencialismo ha desarrollado una labor de ruptura, contribuyendo a la disolución de un idealismo que ya estaba en crisis desde antes de la guerra. Al igual que en Francia, también en Italia el existencialismo se ha desarrollado en sentido espiritualista y católico, y en otro positivista; pero aquí no fue decisivo el marxismo sino con Dewey y la filosofía de la ciencia y el neopositivismo lógico.

El historicismo absoluto de Croce es cosa del pasado; pero su enseñanza práctica y metodológica sigue actuando. La filosofía ha roto los contactos con el idealismo, pero la historiografía italiana sigue anclada en las perspectivas de Croce, y su lección del cometido metodológico de la investigación filosófica se ha extendido a varios campos del saber. Esto permite una colaboración entre búsqueda histórica y pensamiento filosófico más importante que en Francia.

Resultado final de este examen circular es para Rossi la constatación de que en ningún país la herencia del historicismo alemán ocupa una posición dominante o inspira el trabajo historiográfico. La investigación filosófica, la cultura y otros intereses semejantes se definen de otra manera; sin embargo, hay creciente atención por los resultados a que había llegado el historicismo, interés que se mantiene en Gran Bretaña, como se ve por los volúmenes de Mandelbaum (*The problem of historical knowledge*); en Francia, en cierta medida (Marrou) y en Italia. Se revisan críticamente los presupuestos del historicismo, pero al mismo tiempo es evidente el interés por apropiarse de sus conquistas. Han caído muchas de las tesis clásicas del historicismo, como la dicotomía entre ciencias naturales y ciencias histórico-sociales, la antítesis entre explicación y comprensión. Otras han sido formuladas en términos nuevos, como la afirmación del carácter individual de la investigación histórica y su distinción con respecto a las ciencias sociales.

Pero hay adquisiciones metodológicas, como ser: el reconocimiento de un nexo entre la investigación histórica y cierta situación cultural, la afirmación de la necesidad de criterios selectivos para delimitar bien el campo de la investigación, el significado individual del objeto histórico, la elaboración de un esquema explicativo condicional, la función central de la categoría de posibilidad de la investigación,

que fueron conquistas del historicismo, siguen formando parte del patrimonio definitivamente adquirido de la metodología historiográfica.

"Las perspectivas historicistas han suministrado categorías interpretativas que, transformadas en su significado, corregidas en su formulación, integradas con nuevos instrumentos analíticos, forman la plataforma de trabajo de la metodología historiográfica".

"En este sentido, no de un *regreso* al historicismo, sino de una *utilización* de sus perspectivas (el destacado es de la redacción) metodológicas, vale la pena volverlo a proponer como tema de discusión, más allá de refutaciones demasiado apresuradas y de pretendidas superaciones".

Textualmente, terminaba así Rossi su intervención.

* * *

Los artículos que hemos resumido en las líneas que anteceden, provocaron una réplica que apareció en el N° 6 de 1961 de la revista soviética *Voprosy Istorii* (Problemas de Historia). La *Rivista* publicó la traducción íntegra de la réplica junto con una dúplica de los mismos autores cuyo artículo había motivado la respuesta soviética.

Era una excelente ocasión para iniciar una discusión acerca del trabajo del historiador, su dirección, sus métodos y, especialmente, las relaciones entre las verdades aceptadas y el espíritu de búsqueda.

* * *

El artículo del historiador soviético Z. P. Yaquimovich llevaba el siguiente encabezamiento:

*Los problemas del historicismo vistos por los
historiadores burgueses italianos*

"La profunda crisis de la ideología reaccionaria imperialista se manifiesta también en la historiografía burguesa contemporánea. Carentes de una comprensión clara de las perspectivas del desarrollo social, dominados por el presentimiento de la ruina del sistema capitalista, los historiadores burgueses de Occidente se niegan a reconocer las leyes objetivas y la marcha gradual de la historia de la sociedad humana".

Yaquimovich encontraba interesante la discusión desarrollada en las páginas de uno de los periódicos italianos más antiguos, la *Rivista Storica Italiana*. En su centro está uno de los problemas más agudos de la actual historiografía burguesa, el problema del historicismo y de la posición que frente a él toman las corrientes historiográficas occidentales. Momigliano y Rossi no pueden dejar de reconocer el hecho

de que las escuelas históricas contemporáneas rechazan los principios del historicismo.

“Partiendo de posiciones burguesas objetivistas, Momigliano y Rossi tratan de descubrir las causas de la crisis del historicismo y sus consecuencias. No hay que asombrarse de que no hayan estado en condiciones de descubrir las profundas raíces sociales y gnoseológicas del antihistoricismo militante de la mayoría de los historiadores burgueses, y mucho menos de tomar la defensa del historicismo como el único método científico de investigación, capaz de abrazar todos los fenómenos históricos en sus relaciones recíprocas y en sus desarrollos.

Momigliano y Rossi identifican la crisis del historicismo con la crisis de la llamada ‘escuela histórica alemana’ de Meinecke, Weber, Simmel y otros. La identificación del historicismo con la ‘escuela histórica alemana’ no resiste ninguna crítica. Al hacer así, se pasa bajo silencio la función de la historiografía marxista-leninista en la afirmación y desarrollo del principio del historicismo. Rossi sale del paso con la única observación de que ‘los presupuestos marxistas no derivan del tronco del historicismo contemporáneo’. Al mismo tiempo, deja Rossi en la obscuridad los vicios de la ‘escuela histórica alemana’, su eclecticismo, su pátina de irracionalismo y relativismo, que hacen muy relativo su historicismo”.

“Momigliano —decía Yaquimovich— cree que el golpe más grave para la ‘escuela histórica alemana’ fue el advenimiento del fascismo (fuera de Italia es común la identificación que aquí hace Yaquimovich de fascismo con nazismo, y que Momigliano-Rossi no habían hecho. N. d. R.) y recuerda muy al soslayo el callejón sin salida en que se encontró esa escuela allá por los años del 30, cuando no logró resolver, desde un punto de vista relativista, el problema de la relación entre general y particular”.

“Analizando la situación de la filosofía de la historia en varios países, Rossi llega a la conclusión de que la problemática del historicismo está tan transformada en la filosofía contemporánea de Occidente, que prácticamente converge en el experimentalismo, en el pragmatismo o en el neopositivismo. Pero, diferentemente de Momigliano, Rossi considera que, actualmente, junto a la crítica de las posiciones de partida de la ‘escuela histórica alemana’, en una serie de países de Occidente se está reforzando el interés por los métodos de análisis que ella empleó. Afirma que la ‘escuela histórica alemana’ ostenta serias conquistas en el campo metodológico, que han llegado a ser patrimonio de la historiografía contemporánea: el reconocimiento de la necesidad de seleccionar los hechos, el estudio de la historia de la cultura, el interés por la individualidad de los fenómenos históricos, la aceptación de la categoría de la posibilidad en las investigaciones históricas, etc. Rossi se bate, por consiguiente, para que se estudien los métodos de la ‘escuela histórica alemana’, suponiendo que esto podría constituir una medicina para las serias dificultades metodoló-

gicas de la historiografía burguesa contemporánea. A causa de su estrechez burguesa no puede ni quiere reconocer que el materialismo histórico es el único método verdadero y el más ampliamente comprensivo para el estudio de la historia de la sociedad humana".

Ni Rossi ni Momigliano estarían en condiciones de orientarse en la esencia efectiva y en las causas de la crisis del historicismo. "En realidad, la crisis del historicismo es fenómeno social, nacido en la crisis general de la ideología burguesa de la época del imperialismo". "Ha nacido en el terreno de la falta de validez de la metodología idealista de los historiadores burgueses y de su incapacidad para dar la clave de los fenómenos históricos complejos del periodo del imperialismo y de su crisis general".

"No obstante, la discusión Momigliano-Rossi es muy significativa como testimonio de la alarma creciente en una serie de historiadores de Occidente acerca de la suerte de la historiografía burguesa. Al dar un panorama de las escuelas históricas e histórico-filosóficas de los países occidentales, Momigliano y Rossi, muy a su pesar, han dado un cuadro desolador de la impotencia metodológica, de la confusión ideológica y de los tambaleos que dominan la ciencia histórica burguesa".

* * *

(Hemos retraducido textualmente la última parte de la intervención del profesor soviético Yaquimovich, por habernos parecido que era sumamente gráfica y demostrativa de una actitud y de un modo de pensar).

Después de esto, la discusión amistosa entre dos sabios italianos, que en lo fundamental estaban completamente de acuerdo, y habían utilizado el diálogo únicamente para dar mayor relieve y plasticidad a sus ideas, se transformó en polémica, en la que ya no faltaron ni siquiera los alfilerazos pérfidos y envenenados con que los estudiosos más austeros suelen condimentar sus palabras.

Momigliano fue el primero en responder.

* * *

"De lo que dice el contradictor Yaquimovich debería deducirse que los historiadores soviéticos llevan en el bolsillo la piedra filosofal, y por eso pueden mirar con conmiseración a sus colegas de Occidente que 'buscan, hacen, rehacen, sudan, se equivocan y, a veces, encuentran'. Sin embargo, no es así. Después de la eliminación del culto a la personalidad de Stalin, las consecuencias en el campo de los estudios de historia antigua son claras. Se presta mayor atención al trabajo de los historiadores occidentales 'y se asimilan sus problemas de manera creciente'. Dos ejemplos:

El proyecto de plan septenal para una historia de la esclavitud es una tentativa de respuesta a las monografías que sobre el mismo tema está publicando la Academia de Maguncia; la monografía de E. M. Staerman, *Moral i religiya ugnjetennykh klassov Rimsky Imperii (Moral y Religión de las clases oprimidas del Imperio Romano)* (Moscú 1961) responde precisamente a una monografía de la serie alemana, de F. Bömer, *Untersuchungen über die Religion der Sklaven in Griechenland und Rom*.

Más importante se demostrará, con el correr del tiempo, el reciente esfuerzo de los historiadores soviéticos para volver a familiarizarse con la técnica occidental de crítica de las fuentes. Hay más comprensión del hecho de que el estudio de una fuente no se reduce a su análisis desde el punto de vista ideológico, de que hay problemas de interpretación, estilo, fecha reelaboración, transmisión, falsificación, etc.

Que esta creciente asimilación de la historiografía occidental no se limita a los hechos y se extiende a las ideas, se puede observar en el respeto con que se ha vuelto a hablar de Salomón Luria. Este viene de la gloriosa escuela de historia antigua de Petrogrado, donde fue alumno de L. I. Tolstoy, Zelinsky y, muy especialmente, de Rostovzef. Es el más grande de los estudiosos rusos de historia antigua. Nunca fue muy grato al nuevo orden, pero no fue atacado hasta 1948, cuando la *Vestnik Drevnej Istorii* lanzó un ataque contra dos volúmenes, uno sobre Heródoto y otro sobre la historia de la ciencia antigua, que él había publicado el año anterior. El estudio sobre Heródoto fue declarado 'no marxista'. Durante cinco años, Luria no volvió a publicar nada, pero se supo que había pasado de Leningrado a Odessa y de allí a Leopoli. Ahora, recientemente, los setenta años de Luria han sido celebrados con énfasis desacostumbrado.

Luria había sido el primer estudioso soviético en penetrar en el campo de los estudios miceneos. De innegable origen burgués, había sido el promotor en la URSS de esos estudios sobre las fuentes, que hoy vuelven a gozar de consideración.

El libro sobre Heródoto (1947) fue repudiado 'porque repetía ideas burguesas de Meyer y Jacoby. No daba importancia a Heródoto como historiador de la patria rusa. Tenía un falso concepto del patriotismo. Y otras cosas más'.

Pero en 1957 aparecía en Leningrado el volumen de Duvatur sobre el estilo narrativo y el científico en Heródoto, comparado con el etnográfico-histórico. Este libro, que hace algunas concesiones al lenguaje marxista, es más occidentalmente académico que el de Luria, pero al ser aceptado hacía con eso aceptable también, y con mayor razón, el libro del primero".

"Si continúa este movimiento de absorción de la historiografía occidental, los colegas soviéticos" —termina diciendo Momigliano— "deberán plantearse los mismos problemas que nosotros, esto es, la manera

en que las nuevas investigaciones son conciliables con los viejos métodos”.

“Es claro también que mientras más nosotros, los estudiosos occidentales, nos apoderemos de los resultados de los investigadores rusos y nos convenzamos de su atendibilidad, tanto más deberemos revisar nuestras ideas de método histórico con relación a aquellos resultados”.

“Hoy, lo que importa es que los soviéticos lean y discutan nuestros trabajos en los suyos, así como nosotros tratamos, en la medida en que las dificultades lingüísticas y la inaccesibilidad de muchos libros y revistas lo permiten, de estudiar objetivamente los de ellos”.

Hasta aquí Momigliano respondiendo a Yaquimovich.

* * *

Veamos ahora a Pietro Rossi en el mismo plan.

“Lo que las observaciones de Yaquimovich se proponen es, en último análisis, la reivindicación de la necesidad de una historiografía ‘científica’, contrapuesta a la ‘impotencia metodológica de los historiadores burgueses, incapaces de anclar firmemente sus investigaciones en una concepción científica de la historia’. Esto se funda en las siguientes premisas fundamentales:

1) La búsqueda histórica debe basarse en una concepción general del proceso histórico, que le prescriba sus criterios y establezca los límites de su validez;

2) La única concepción científica de la historia es la que da el materialismo histórico;

3) El materialismo histórico es el historicismo auténtico, mientras las demás formas de historicismo, por estar relacionadas con posiciones idealistas, son, en realidad, formas de pseudohistoricismo;

4) Estas formas de historicismo constituyen el producto de la crisis ideológica de la cultura burguesa, y de su incapacidad de aceptar el planteamiento de la investigación propio de la historiografía ‘científica’”.

Rossi declara que no quiere rendirse ante la evidencia luminosa de estas premisas y prefiere insistir en dar pruebas de “impotencia metodológica”. Y analiza cada uno de los puntos anteriores.

“1. Según Yaquimovich, el carácter científico de la investigación histórica está garantizado por su relación con una concepción general de la historia, capaz de determinar las leyes objetivas del proceso histórico. El reconocimiento de estas leyes, y su aplicación, constituye la condición previa de validez del trabajo historiográfico. Es evidente, entonces, que la determinación de las leyes de desarrollo de la historia no es cometido de la investigación, que se refiere a un sistema de leyes ya elaborado y sólo se limita a aplicarlo. La investigación comprueba los hechos y los encuadra en estas leyes, cuya validez no puede ser puesta en duda por el trabajo historiográfico. La validez

de la investigación histórica es externa, está fuera de la misma investigación. La historiografía 'científica' deriva, pues, su carácter científico no ya de la observación de determinadas reglas metodológicas, sino de su subordinación a una concepción del proceso histórico válida de por sí, que se convierte de este modo en una simple petición de principio. Esto elimina la autonomía de la investigación histórica y la posibilidad de garantizar internamente su validez, sobre la base de ciertas reglas metodológicas, que es la dirección hacia la cual han marchado las disciplinas más variadas de la ciencia, en su esfuerzo por liberarse de presupuestos metafísicos ajenos a sus propias exigencias de investigación".

"2. La pretensión del materialismo histórico de prescribir un canon de interpretación a la labor historiográfica, dándole una base 'científica', no es cosa nueva ni exclusiva. San Agustín y Hegel ya hicieron cosa parecida. Desde este punto de vista la concepción materialista de la historia no es 'científica' sino 'metafísica'. Su importancia —que la tiene— no debe ser buscada en esta pretensión —que ya no puede seguir tomándose en serio— sino en la capacidad de indicar nuevas direcciones de búsqueda que han mostrado una indiscutible fecundidad, y que han recibido la confirmación durante el trabajo historiográfico.

Al presentar el materialismo histórico como la única concepción científica de la historia, válida por sí misma y en forma independiente de la verificación o el rechazo que pueda surgir de la investigación, Yaquimovich le hace el peor servicio que le podía hacer, lo reduce a un planteamiento 'metafísico'".

"3. A nadie le pueden quedar dudas de que el materialismo histórico es una forma de historicismo surgida del historicismo romántico alemán, pero surgida como una crítica expresa y radical de sus presupuestos de tipo providencialista. Esto se hace más evidente en su apelación a considerar las necesidades concretas de los hombres".

Y dice Rossi: "El abandono por parte de Marx de la filosofía de la historia de Hegel marca el paso de una concepción teológico-providencialista del proceso histórico a una concepción antropológica, basada en el reconocimiento de la dimensión humana de la historia y del carácter social de la existencia del hombre. Esto acerca el materialismo histórico a las diferentes manifestaciones del historicismo contemporáneo, pero no significa que pueda ser considerado como 'el Historicismo', como la única forma posible y auténtica de historicismo.

Todo el mundo conoce la complejidad de las peripecias del historicismo en la filosofía contemporánea, lo equivoco del término y la variedad de las manifestaciones que designa. Definir dogmática y absolutamente una forma cualquiera de historicismo es la manera mejor de no entender nada. Igualmente arbitraria es la reducción de las formas del historicismo diferentes del materialismo histórico a una etiqueta idealista común".

"4. Un problema importante sería la determinación del significado

ideológico de las diferentes formas de historicismo presentes en la cultura contemporánea, pero de nada sirve referir todas estas formas a una presunta crisis de la cultura 'burguesa' en general. Que se pueda hablar de una cultura 'burguesa' y, por consiguiente, de una 'historiografía burguesa' contrapuesta a una cultura 'socialista', es otra afirmación sumamente problemática, que se sostiene mientras no se estudien las diferentes componentes sociales de la llamada cultura 'burguesa'".

Y Rossi termina: "No sé hasta qué punto las observaciones de Yaquimovich expresen las convicciones teóricas de los historiadores soviéticos y respondan a sus métodos de investigación; pero es probable que, si la historiografía soviética ha alcanzado resultados importantes, esto ha sucedido porque los presupuestos del marxismo han sido tomados como hipótesis de trabajo y puestos a prueba durante la investigación. "Y es probable también que, si quiere seguir avanzando por este camino, se verá obligada a abandonar las dogmáticas afirmaciones de superioridad... para afrontar seriamente en el terreno metodológico las discusiones con las diferentes posiciones de la historiografía occidental (perdón, 'burguesa')".

* * *

Lo que antecede aparecía en el N^o 1 del año LXXIV (1962) de la *Rivista Storica Italiana*, como continuación, ya polémica, del diálogo que un año antes habían iniciado en esas mismas columnas los estudiosos italianos Momigliano y Rossi con el fin de aclarar la situación general del historicismo dentro de la filosofía y de la metodología de las ciencias históricas.

* * *

En el número III, marzo de 1963, aparecía en la revista soviética *Voprosy Istorii* (Problemas de Historia) un artículo de G. G. Diligensky en el que este calificado estudioso soviético reanudaba y ensanchaba la discusión a que nos hemos referido anteriormente. Al artículo de Diligensky —que, lo mismo que el anterior de Yaquimovich, era publicado en una versión italiana integral— respondían nuevamente los italianos Momigliano y Rossi. Damos a continuación un resumen de estas últimas intervenciones. Comencemos por el historiador soviético.

* * *

Diligensky comienza por constatar en su artículo, dirigido a lectores de URSS, el interés mayor que existe actualmente en los ambientes científicos de los países capitalistas por las investigaciones de los historiadores soviéticos. Para nuestro autor ésta es la prueba del aumento

de la autoridad internacional de su país debido a la profunda impresión causada en los ambientes de la "inteligentzia" occidental por los éxitos del pueblo soviético.

Una parte importante habría tenido también lo que en Occidente se acostumbra llamar *el diálogo directo* entre los estudiosos de los países socialistas y capitalistas. "Pero la reacción de los historiadores burgueses refleja, al mismo tiempo, una agudización paralela de la lucha ideológica". Según Diligensky, los críticos occidentales tratan de mostrar que no existe en la URSS una verdadera ciencia histórica, y que sus historiadores no pueden ser interlocutores en una discusión científica. Recuerda, con este motivo, el informe de los alemanes occidentales enviado al XI Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Estocolmo, dedicado a la ciencia histórica soviética (arqueología, etnografía e historia antigua). Los alemanes rechazaban en ese informe el contenido de la ciencia histórica soviética, declarando que provenía de "directivas políticas".

Este sería un caso particular, pero, en sentido más general, los historiadores occidentales reconocen tal o cual resultado de la historiografía soviética, aunque polemizan con sus conclusiones y concepciones teóricas; y de aquí pasan al plano filosófico, criticando el materialismo histórico.

A este género de intervenciones pertenecería la de los estudiosos italianos Momigliano y Rossi, a propósito de una breve nota de Z. P. Yaquimovich. Momigliano, en sus acotaciones —según Diligensky— se ha ocupado fundamentalmente de la influencia que sobre la ciencia histórica soviética habría tenido la liquidación del culto a la personalidad de Stalin. Momigliano habría dicho que la "absorción" o "asimilación" de la historiografía occidental de parte de los historiadores soviéticos, tanto de hechos como de ideas, terminaría, tarde o temprano, por hacer surgir frente a los soviéticos los mismos problemas que la crisis del historicismo había impuesto a la atención de los occidentales. Para Diligensky esto equivale a la afirmación implícita de que "el materialismo histórico no es capaz de resolver los problemas contemporáneos de la ciencia histórica". Esto llevaría a la otra conclusión de que el desarrollo de la ciencia soviética tendería a un alejamiento cada vez mayor del marxismo-leninismo y a un acercamiento a "las ideas occidentales".

Es verdad lo que afirma Momigliano acerca de "la atención mayor que se presta en la URSS a los historiadores occidentales"; pero, pregunta Diligensky: "prestar atención ¿significa acaso 'asimilar'?".

Una prueba substancial —según Momigliano— (afirma Diligensky), consistiría en el esfuerzo de los historiadores soviéticos por "familia- rizarse nuevamente con la crítica de las fuentes". Diligensky afirma que, muy por el contrario, desde los años 30, 40 y comienzos de la década del 50, se publicó en la Unión Soviética una gran cantidad de

traducciones científicamente comentadas de autores antiguos, junto con investigaciones especializadas sobre las fuentes. Estas investigaciones estarían demostrando que los historiadores y filólogos soviéticos no se limitan exclusivamente al esclarecimiento del contenido ideológico de las fuentes —como afirma Momigliano— sino que se sirven del análisis textual en el sentido restringido del término.

Según el autor soviético, las deformaciones en que “voluntaria o involuntariamente” incurriría Momigliano, dependen de que considera que utilizar los trabajos de los estudiosos burgueses y los métodos de estudio de las fuentes representa de por sí un acercamiento de la historiografía soviética a la occidental. Y Diligensky sigue, citando y parafraseando a Lenin, con algo que podemos considerar como una definición doctrinaria de la metodología histórica soviética:

“La historiografía marxista-leninista se distingue de la burguesa por su *metodología*. La sociología y la historiografía premarxistas —escribió Lenin— en el caso *mejor* llevaban a una acumulación de hechos brutos, escogidos saltuariamente, y a una representación de aspectos separados del proceso histórico”. “Esta caracterización es aplicable de lleno también a la historiografía y sociología burguesas contemporáneas. La historiografía marxista-leninista utiliza los resultados de la ciencia burguesa en la investigación de este o aquel hecho concreto, fenómeno o proceso del desarrollo histórico. Pero, al determinar las causas y raíces de estos fenómenos y procesos, al aclarar de qué manera el desarrollo político e ideológico es condicionado por la vida material de la sociedad y de la lucha de clases, al adoptar el criterio de la repetibilidad, basado en la teoría de las formaciones socio-económicas, al reconocer las manifestaciones concretas de las leyes objetivas de toda la historia, y en la solución de otros problemas metodológicos y teóricos, los historiadores marxistas van inconmensurablemente más lejos que los historiadores burgueses y llegan a conclusiones diferentes”.

Y terminamos la cita de este extenso e importante párrafo doctrinario con lo siguiente: “...según Momigliano, los historiadores soviéticos asimilan no solamente ‘los hechos’ sino también ‘las ideas’ de los estudiosos occidentales. En su artículo no hay demostraciones que comprueben esta aseveración”.

Para hablar de los estudios sobre las fuentes, Diligensky cita los estudios de K. K. Zel'in sobre la obra de Pompeyo Trogo *Historiae philippicae*, que han llegado hasta nosotros en la exposición de Justino. Zel'in habría prestado “considerable atención al análisis de las fuentes de la obra del historiador romano, a la aclaración de sus peculiaridades literarias y estilísticas... Zel'in ha utilizado las conclusiones de sus predecesores (occidentales). El elemento específico de su investigación consiste en considerar estos problemas en estrecha relación con el contenido ideológico de la obra de Pompeyo Trogo y con la situación social y política de la época... Analizando cada problema

de terminología, estilo, etc., K. K. Zel'in ha querido dejar al desnudo los elementos fundamentales de toda la concepción histórica del escritor antiguo, determinar su lugar 'en el desarrollo de la ciencia histórica antigua, su pertenencia a una de las tendencias que en ésta se manifiestan, y mostrar de cuáles ideas e intereses y de qué grupos sociales eran expresión' (cita textual de Zel'in)".

Ultima observación importante de Diligensky en el artículo que estamos reseñando es la relativa a los "estudios miceneos", que Momigliano había afirmado deberse totalmente a la influencia occidental.

El soviético recuerda que cuando apareció la monografía de S. Lur'e (Salomón Luria), que es la monografía soviética más amplia en esa materia, en toda la densa literatura occidental no existía un solo trabajo de conjunto sobre la estructura social y económica y la cultura de la Grecia micénica. Sólo existían trabajos sobre aspectos aislados. El libro de Lur'e contiene una investigación sobre los problemas fundamentales de la filología micénica y nuevas lecturas de textos, además del primer intento en la ciencia de una síntesis de los datos entonces disponibles acerca de la estructura socioeconómica y política de la Grecia micénica, llegando a importantes conclusiones acerca de la existencia de la esclavitud privada en la sociedad micénica y el carácter esclavista de su economía. Esto ha puesto en marcha una nueva tendencia, marxista-leninista, de los estudios micénicos.

* * *

Hasta aquí la respuesta de Diligensky a Momigliano. Veamos, del mismo modo, la respuesta a P. Rossi.

Según Diligensky, Rossi reconoce "los importantes resultados" alcanzados por la historiografía soviética, pero subraya que esto "ha sucedido porque las premisas del materialismo histórico han sido tomadas como hipótesis de trabajo y puestas a prueba durante la investigación".

El valor de la concepción materialista de la historia consistiría "en la capacidad de indicar al trabajo historiográfico direcciones de búsqueda que han mostrado, durante el último siglo, su innegable fecundidad". De este modo, Rossi reconoce la fecundidad del materialismo histórico como teoría que afirma la necesidad de la existencia de leyes históricas objetivas. Esto sería "una pretensión" del materialismo histórico, y toda investigación basada en el reconocimiento de estas leyes "se reduce a la comprobación de los hechos y a su clasificación bajo leyes que son suministradas por una concepción general de la historia", y pierden toda su independencia sometiéndose a un "esquema de explicaciones" preparado de antemano.

Para Diligensky ésta es la misma visión deformada del marxismo-leninismo que desde hace tiempo está siendo difundida por sus adver-

sarios ideológicos. Se trataría de una visión parcial y arbitraria. Veamos.

“En la *Ideología alemana*, donde Marx y Engels expusieron las líneas generales de su nueva concepción de la historia, se lee: ‘Los presupuestos de donde partimos no son arbitrarios, no son dogmas; son, en cambio, presupuestos de los cuales es posible abstraerse solamente con la imaginación... Estos presupuestos efectivos pueden ser establecidos únicamente por vía empírica’”. Y sigue Diligensky: “Así, desde el comienzo de la elaboración del materialismo histórico, sus fundadores indicaron el vínculo inseparable que existía entre sus posiciones teóricas y la investigación empírica”.

“Los adversarios del materialismo histórico apelan a la circunstancia de que en las obras del marxismo-leninismo no se encuentra una investigación de toda la *historia de la humanidad*, y que, por consiguiente, no se pueden considerar probadas sus aseveraciones”. Rossi comparte este punto de vista al calificar los “postulados” del marxismo como “hipótesis de trabajo”. Y agrega Diligensky: “Negar la existencia de las bases de la argumentación, apelando al carácter ‘metafísico’ y ‘apriorístico’ del marxismo-leninismo, puede ser cosa fácil, pero que no corresponde a las exigencias de una crítica seria”.

“Marx nunca pensó que su doctrina pudiera dar una respuesta automática a todos los problemas de la historia. Hablando, por ejemplo, del análisis de la acumulación primitiva del capital, subrayó que ese análisis pretendía únicamente ‘bosquejar el camino a través del cual, en Europa occidental, la estructura capitalista salió de las entrañas de la feudal’, y protestó contra los intentos de transformar ‘un ensayo histórico sobre el origen del capitalismo en la Europa occidental, en una teoría histórico-filosófica del camino general a través del cual todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias, deben pasar fatalmente’”.

A continuación Diligensky se refería a un conocido libro de P. Rossi, *Storia e storicismo nella filosofia contemporanea*. Aquí, Rossi, en su crítica del materialismo histórico, contraponen el aspecto teórico conceptual de éste, que le parece “apriorístico”, al aspecto metodológico, cuya fecundidad no niega. Diligensky dice “que en muchas corrientes de filosofía burguesa de la historia es característico el intento de limitar la problemática de la teoría del conocimiento histórico a los problemas de la metodología y de la lógica de la investigación”.

Por lo que se refiere a la “ontología” del objeto mismo de la investigación, esto es, la naturaleza de los fenómenos y su reunión dentro de una ley objetiva, “Rossi —según Diligensky— elimina estos problemas de la esfera del conocimiento histórico y define como ‘metafísicos’ todos los intentos de resolverlos. La labor de la investigación histórica estaría asegurada únicamente sobre la base de determinadas reglas metodológicas internas, a condición de liberarse de presupuestos metafísicos, ajenos a la investigación misma”.

“¿Cómo se garantiza la eficacia de estas reglas?” —pregunta Diligensky. Y responde: “Por lo que se refiere a la metodología marxista-lenini-

nista, por el conocimiento verdadero de las leyes sociales objetivas en que se basan estas reglas". Por ejemplo: "Los fenómenos y procesos políticos e ideológicos son el reflejo de intereses y aspiraciones de determinados grupos sociales, que se distinguen por su posición en la economía".

Para Diligensky, más adelante, considerar la conciencia humana como fuente autónoma de la metodología o, para hablar con mayor amplitud, de las leyes del pensamiento no determinadas por una relación con la realidad objetiva, significa aceptar las posiciones de la filosofía subjetivo-idealista. El daño del proceso subjetivo-idealista de la filosofía de la historia consiste en que semejante proceso desvaloriza los elementos positivos en la comprensión de los problemas metodológicos. Una metodología que limite su tarea al análisis lógico de las categorías históricas y no reconozca su realidad objetiva, será incapaz de elaborar criterios objetivos de sistematización de estas categorías y de esclarecer sus relaciones causales, y aun en el caso de que se pronuncie contra los esquemas metafísicos y místicos del proceso universal, no estará en condiciones de superarlos, ya que no les puede contraponer nada que vaya más allá del agrupamiento causal y arbitrario de los fenómenos históricos caracterizados por semejante tipo de esquema.

Hacia el término ya de su artículo, Diligensky se refiere a aquello que en la filosofía occidental se conoce como "la crisis del historicismo". Para el autor soviético, la llamada crisis del historicismo es una renuncia que hace toda una rama del conocimiento humano proclamando su propia limitación e incapacidad de comprender y explicar totalmente la realidad. La razón de esta crisis no estaría radicada en momentos gnoseológicos, sino en lo peculiar de las concepciones de la burguesía actual. Diligensky afirma estar de acuerdo con Rossi en la necesidad de "estudiar en detalle las diferentes componentes sociales... y precisar el diferente significado ideológico de la cultura burguesa". Los historiadores marxistas llegan a comprender si no las actitudes generales, por lo menos las más típicas, que influyen a menudo sobre las posiciones científicas aun de aquellos estudiosos que no se reconocen a sí mismos "como representantes de la burguesía".

Rossi había objetado la definición del historicismo marxista como el único verdadero, pero esta definición —según el soviético— no está basada en un apego dogmático de los marxistas a su doctrina, sino en el hecho simple de que solamente la teoría marxista-leninista ofrece la posibilidad de un conocimiento científico de la interdependencia real entre las diferentes componentes del proceso histórico, posibilidad que no ofrecen las formas subjetivistas, relativistas o lógicas del historicismo, que niegan por completo la posibilidad del conocimiento de una ley histórica. "Solamente el marxismo-leninismo permite explicar la sociedad y su historia desde el desarrollo interno de la misma sociedad".

* * *

Hasta aquí, en resumen, las respuestas de Diligensky a Momigliano y Rossi, en el orden. Veamos ahora, y de la misma manera, las contraréplicas de Momigliano y Rossi. No eran muy extensas.

* * *

Momigliano: a) No parece exacto que los historiadores soviéticos estudien a los occidentales únicamente para criticarlos. Por ej.: V. N. Andreiev, escribiendo acerca de la distribución de la propiedad territorial en el Atica en el siglo IV a. Cr. (Leningrado, 1958), dice: "prevalece hoy la tesis de que en el siglo IV a. Cr., gran parte de las tierras poseídas por los campesinos pasaron a manos de adinerados empresarios de la ciudad".

"Este punto de vista —dice Momigliano— se encuentra en la mayoría de los trabajos occidentales. Substancialmente afines son las opiniones expresadas en la ciencia histórica soviética.

Ahora bien, esta concepción errónea fue elaborada después de un estudio insuficientemente concreto; simplifica y esquematiza el desarrollo económico de Atenas, es unilateral y fundamentalmente *errónea* (destacado del autor). Introduce elementos modernos y concede un valor exagerado a la influencia de la producción comercial sobre la economía antigua. Finley, *Studies in land credit*, etc., había demostrado ya en 1952 que la hipoteca de la tierra se había aplicado más bien a la grande que a la pequeña propiedad, y, por consiguiente, no era un síntoma de expropiación de las tierras de los campesinos".

b) "No parece que Diligensky juzgue con exactitud acerca del desarrollo de los estudios sobre la economía y las estructuras sociales del período miceneo.

Apenas se anunció la descifración de las escrituras miceneas, hubo en occidente una verdadera carrera para reconstruir la estructura social *minoico-micenea*. Esta carrera fue frenada por Pine y por Finley, y últimamente por Palmer, *The interpretation of Mycenaean Greek Texts*. Y, en efecto, cuando no se sabe si un término que es clave, como *te-re-ta*, corresponde al griego *telestas* o *teretes*, y puede ser traducido como *barón*, o como *sacerdote iniciador*, es mejor no seguir adelante. Por esta razón, el libro de S. Luria sobre la sociedad micenea, aunque escrito con la inteligencia que en él se admira, es insatisfactorio y no debe imitarse".

c) Momigliano cree que Diligensky no aclara suficientemente la posición de los estudiosos soviéticos con respecto a su mayor filólogo clásico.

d) "Está muy bien escogido K. K. Zel'in como uno de los mejores representantes de la historiografía antigua soviética; pero es demasiado significativo que cite como modelo unos ensayos sobre Trogo Pompeyo, un historiador menor perdido, cuya fisonomía original es extremadamente incierta. Sería más útil para el caso saber cuáles son los trabajos

originales y fundamentales de la historiografía soviética sobre, por ej.: Tucídides, Polibio, Livio, Tácito”.

e) (El punto esencial de la discrepancia).

Para Momigliano una adecuación de la historiografía soviética a la occidental acarreará al fin y a la postre los mismos problemas y dificultades que en la occidental.

Para Diligensky se trata de un regreso a las fuentes más puras del marxismo-leninismo.

Se trata en ambos casos —acota Momigliano— de previsiones para el futuro, y habrá que esperar para ver.

Momigliano termina diciéndose convencido de que el marxismo-leninismo es un método de utilidad limitada en la investigación histórica, e impide reconocer que las enfermedades, la muerte, el amor, la crueldad y la locura son factores históricos al igual que la injusticia social; impide reconocer que los hombres se empeñan no sólo contra otros, sino también para darse un significado ellos mismos.

La historiografía marxista hace siempre al pasado una sola y misma pregunta. Termina por ser monótona.

* * *

Veamos finalmente la última intervención de Rossi.

Éste se declara feliz de que los estudiosos soviéticos reconozcan la convergencia en acto del trabajo de investigación en el plano de las técnicas de investigación y de que estos procedimientos sean independientes —en la admisión de Diligensky— de la aceptación de determinados presupuestos teóricos. Pero, según este último, el carácter científico de la investigación depende de la “teoría” a que remonta, y aquí se manifestaría el abismo incolmable que separa ambas historiografías, la occidental, que se hallaría en un estado precientífico —según la expresión ya citada de Lenin— y la soviética, que parte “del verdadero conocimiento de las leyes sociales”, que constituyen la estructura objetiva del proceso histórico.

Y Rossi pasa a analizar las principales afirmaciones de Diligensky.

“1. ‘La historiografía debe basarse en el reconocimiento de leyes históricas objetivas’. Quiere decir entonces que existe una *estructura legal necesaria* del proceso histórico. ¿Cuál es el procedimiento legítimo para averiguar si existen, y cuáles son estas leyes objetivas? Porque, si la investigación histórica debe encontrar su fundamento en estas leyes, su determinación debe ser anterior a la investigación, y si estas leyes tienen validez, el trabajo historiográfico confirmará esta validez, sin ponerla en duda, y, mucho menos, sin refutarlas. Sin embargo, Diligensky niega que poner la concepción materialista de la historia como funda-

mento de la investigación constituya una petición de principio, afirmando que han sido encontradas empíricamente y sobre la base de un proceso de generalización”.

“Ahora bien, en el método empírico, los resultados deben ser revisados constantemente, y toda nueva investigación pone en duda el resultado de las anteriores. Si las leyes históricas son el fruto de una investigación empírica, la investigación histórica, del mismo modo que demostró su existencia, puede mostrar su insuficiencia, unilateralidad, falta de fundamentos, etc., y sustituirlas con otras. Pero esto quiere decir que las leyes históricas cuya existencia se haya comprobado en el ámbito de determinadas estructuras sociales (la capitalista, por ejemplo), no tienen por qué valer para otras, a menos de recurrir subrepticamente al postulado de la homogeneidad de *todas* las formas de sociedad. La pretensión de Lenin, en el sentido de que ‘el materialismo histórico vale como una teoría científica demostrada’, válida, esto es, universalmente, encuentra su refutación en la protesta de Marx contra el intento de ‘transformar un ensayo histórico sobre el origen del capitalismo en la Europa occidental en una teoría histórico-filosófica del camino general a través del cual todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias, deben pasar fatalmente’.

La distancia que media entre la conciencia crítica de los límites del propio análisis y ‘la pretensión’, etc., es el índice de la distancia entre la concepción materialista de la historia, como la teoriza el marxismo ortodoxo, dentro y fuera de la URSS, y la posición de Marx. Éste sabía muy bien que estaba tratando de interpretar un proceso bien determinado, y que su interpretación era válida dentro de esta estructura, y que no valía para cualquier proceso histórico. En este sentido la obra de Marx no es ‘metafísica’”.

“Pero es ‘metafísica’ la pretensión de asumir los criterios de Marx, comprobados o no, pero que debían valer dentro de determinado proceso histórico, como clave de interpretación de cualquier otro proceso; y es ‘metafísica’ la pretensión de que estos criterios estén demostrados de tal manera que ya no se pueda volver a ponerlos en discusión”.

“2. Otro presupuesto que opera en la concepción materialista de la historia, es la interpretación del objetivo y de la ciencia como *determinación* de leyes, aún más, de leyes necesarias. Esto, que remonta a Engels más que a Marx, está estrechamente vinculado con el horizonte determinista de la ciencia del siglo pasado. La explicación científica como explicación causal, la búsqueda de las causas como fuerzas naturales (‘sociales’ en la historia) que, ‘producen’ sus efectos, las leyes como relaciones fijas e inmutables, la previsión infalible, etc., todo esto caracteriza el ideal científico del siglo XIX. Ninguno de estos postulados sigue en pie en la ciencia contemporánea. La causa ha sido sustituida por la condición; la explicación por la individualización de relaciones determinadas estadísticamente; el ‘acontecimiento’ no es el resultado necesario de la acción de una o varias causas, sino el encuentro de muchas condicio-

nes; las leyes ya no son más que uniformidad de comportamiento y valen dentro del ámbito de experiencias en que fueron observadas y controladas; la previsión infalible ha sido substituida por la probabilidad, etc. Todo esto hace que el carácter 'científico' del materialismo histórico resulte ser una concepción atrasada, 'superada, para usar una denominación grata a los marxistas'.

"Hay otra observación que hacer. El objeto de la investigación histórica no es la determinación de leyes ni explicar los acontecimientos históricos sobre la base de leyes. Esto cae fuera del trabajo historiográfico, y en esto consiste la diferencia fundamental entre la historia y la biología, la física o la misma sociología, que son disciplinas generalizantes. Esto no constituye una dualidad ontológica o gnoseológica, sino una orientación diferente. 'La explicación histórica se propone no ya referir cierto acontecimiento a una ley o sistema de leyes, sino determinar el significado individual de un hecho dentro del ámbito de un determinado proceso, es decir, el significado definido por ciertas coordenadas espacio-temporales'".

"3. La noción de ley histórica sirve a Diligensky para reivindicar la capacidad del materialismo histórico de dar 'un cuadro único y fidedigno de la realidad', o por lo menos de la historia. La historiografía 'burguesa' habría renunciado a dar una explicación total del proceso histórico, y en esto consistiría la 'crisis del historicismo'".

Esta antítesis que se plantea en términos de intenciones de investigación, es para Rossi total y absolutamente exacta. "Es verdad que la historiografía marxista pretende dar una explicación exhaustiva del proceso histórico, mientras la 'burguesa' se plantea una tarea mucho más limitada, pero ésta es su fuerza y no su debilidad. Si la noción de ley histórica es metodológicamente ilegítima, mucho más lo es la pretensión de una explicación total".

"La ciencia moderna ha surgido después del abandono de la aspiración de dar un cuadro omnicompreensivo de la realidad, y de haberse limitado a ámbitos de experiencia diferentes de una ciencia a otra, y, a veces, dentro de la misma ciencia —el ejemplo de la Física debería bastar".

"La limitación del cometido de la investigación histórica es, por consiguiente, perfectamente coherente con la dirección que lleva la ciencia moderna y con sus postulados metodológicos. Si ésta es una crisis, quiere decir que coincide con el reconocimiento de las efectivas posibilidades del conocimiento humano y con el rechazo de pretensiones ficticias que no está en condiciones de satisfacer".

"4. Diligensky califica de 'idealismo' todo planteamiento que se niegue a vincular la investigación histórica —y la ciencia en general— a una estructura ontológica, afirmando que 'la garantía de verdad de cualquier método de investigación consiste en el hecho de *reflejar* exactamente la realidad y las relaciones objetivas realmente existentes entre los objetos de la misma investigación'".

"Diligensky tiene razón, si por idealismo se entiende una interpreta-

ción que prescindía de la noción *leninista* —no marxista— de *refleja-
miento* (destacados del autor N. d. R.). Pero rechazar esta noción no
significa, como afirma Diligensky, afirmar la prioridad del pensamiento,
ni mucho menos asumir la conciencia como fuente única de las leyes
del pensamiento. Muy por el contrario, significa negar el intento de de-
terminar la relación cognoscitiva sobre la base de la prioridad del pen-
samiento o de la prioridad de la realidad, y ponerse sobre la base de
la misma contraposición de ambos términos. La filosofía contemporánea
se ha desligado de esta anticuada contraposición gnoseológica, y ha lo-
grado plantear, no ya en los consabidos términos de teoría del conoci-
miento sino de análisis metodológico, el problema de las reglas y con-
diciones que otorgan validez al conocimiento científico".

"La noción de reflejamiento, que apela a una estructura ontológica
predeterminada respecto al procedimiento de investigación, no logra
fundamentar la investigación en la realidad, como querría hacer, sino
que la refiere a una estructura que es inverificable".

"El problema de la correspondencia de las reglas metodológicas con la
realidad puede quedar resuelto 'durante la investigación', mediante los
instrumentos de control que ella misma ha elaborado y sin apelar a una
estructura ontológica. Esto vale para todo tipo de investigación cientí-
fica y, por consiguiente, también para la investigación histórica".

Rossi termina su respuesta a Diligensky, diciendo que ha tratado de
explicar hasta con crudeza las razones del desacuerdo con el historiador
soviético, y los presupuestos de la concepción materialista de la historia
de que él parte. Si hay distancia entre las técnicas de investigación, en
el plano metodológico la distancia es aun mayor.

"Diligensky ha declarado expresamente 'la voluntad de liberarse de
las supervivencias del dogmatismo y del esquematismo, de restablecer
plenamente la función del hecho histórico en la investigación'". Rossi
expresa finalmente su esperanza de que esto se extienda al terreno de las
discusiones metodológicas y de que también los "occidentales" demues-
tren en este terreno igual voluntad de comprensión.

* * *

Así terminaba una polémica enérgica pero respetuosa entre exponen-
tes muy caracterizados de dos mundos socialmente muy distantes.

